

*Un hotel junto al mar*

*Un hotel junto al mar*

Título original: *The Sisters of the Sea View*

© 2022 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

*The Sisters of the Sea View*

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Ana Andreu Baquero

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Iлина Simeonova/Trevillion Images (jóvenes en primer plano);

J.T. Photography/Shutterstock (casa); Freepik (acantilados).

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: M-4916-2023

ISBN: 978-84-19386-07-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

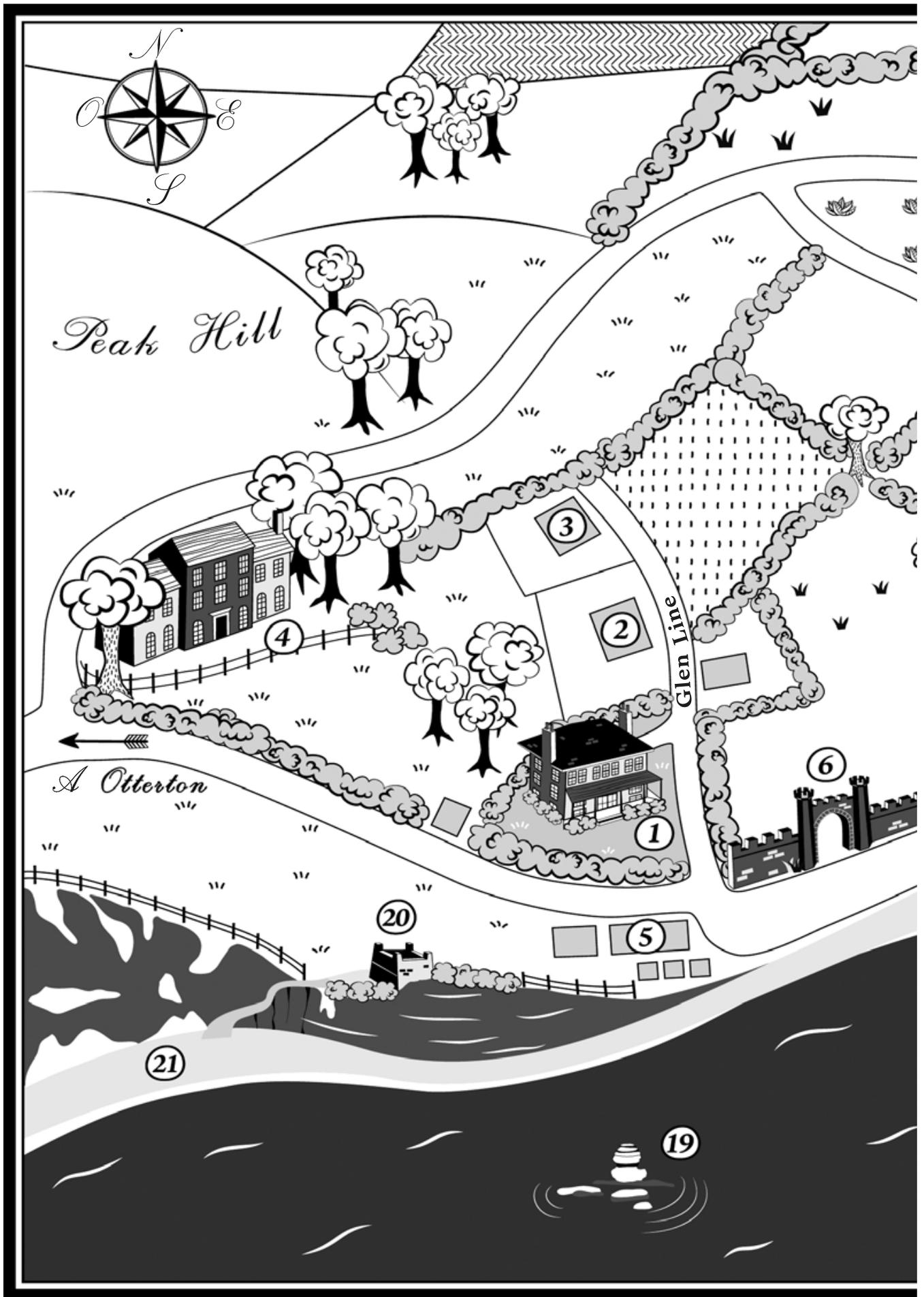
*Julie Klassen*

*Un hotel junto al mar*





*En recuerdo de Walter McCoy,  
que compartió conmigo la historia de su madre, Viola,  
la cual sirvió de inspiración para uno de los personajes de esta novela.*



Peak Hill

A Otterton

Glen Line

21

20

19

4

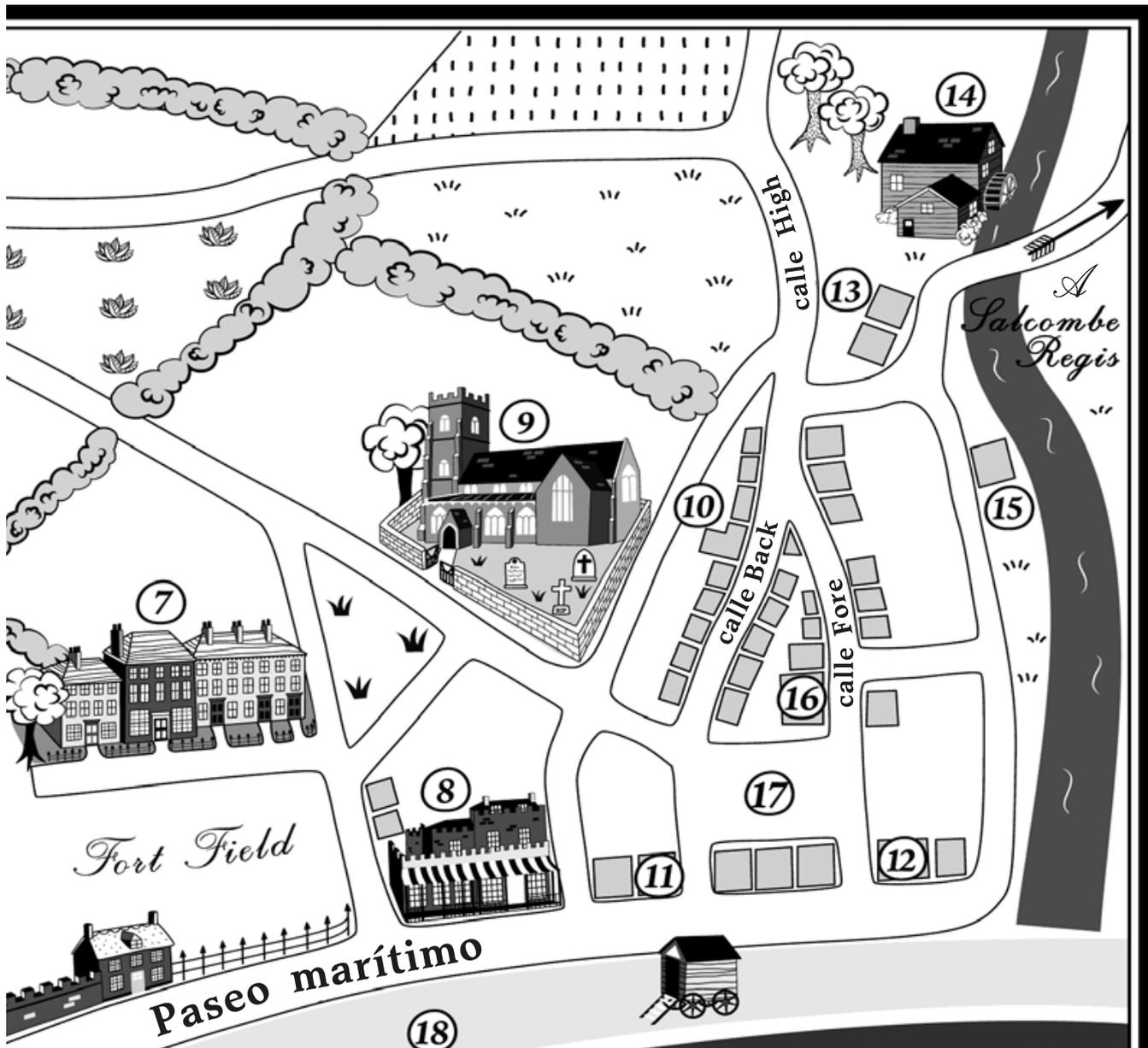
2

3

1

5

6



## Antigua Sidmouth

- |                       |                        |                        |
|-----------------------|------------------------|------------------------|
| 1 - Hotel Sea View    | 8 - Biblioteca Wallis  | 15 - Capilla de Marsh  |
| 2 - Westmount         | 9 - Iglesia parroquial | 16 - London Inn        |
| 3 - Woolbrook         | 10 - Old Ship Inn      | 17 - Mercado           |
| 4 - Peak House        | 11 - Baños             | 18 - Playa             |
| 5 - Heffer's Row      | 12 - Hotel York        | 19 - Chit Rock         |
| 6 - Antiguo fuerte    | 13 - Asilo para pobres | 20 - Horno de cal      |
| 7 - Fortfield Terrace | 14 - Molino de agua    | 21 - Playa de poniente |



«Sidmouth es célebre por la templanza de su clima.  
Encaja muy bien conmigo.  
Mi tos ya no puede llamarse tal, y cada día estoy más  
fuerte y más robusta».

ELIZABETH BARRETT BROWNING

«Sáclanos muy de mañana con tu misericordia, para  
que todos nuestros días sean de júbilo y regocijo».

SALMO 90:14

«La perspectiva de pasar los próximos veranos junto  
al mar... me resulta muy, pero que muy apetecible».

JANE AUSTEN



# Capítulo 1

«Recoge, oh, Dios, los pedazos  
y vuelve a recomponerme».

JEREMÍAS 17:14

*Abril, 1819*



Con suma delicadeza, Sarah Summers tomó entre sus manos la reliquia familiar y un cálido manto de nostalgia se posó sobre ella. El plato de porcelana ribeteado en oro mostraba una colorida imagen de tres hermanas ataviadas con ropas chinas que permanecían apiñadas mientras una cuarta les leía en voz alta. Su padre se lo había regalado a su madre hacía mucho tiempo. Sarah deslizó suavemente el dedo por encima, sintiendo cómo se le formaba un nudo en la garganta. En ese momento descubrió una mota de polvo y, tras extraer un pañuelo de la manga de su vestido, procedió a limpiar el plato.

En aquel preciso instante dos de sus hermanas irrumpieron en la habitación, tan diferentes en su aspecto como en su temperamento.

—Sarah, dile a Vi que me devuelva mi capota de paja.

Viola frunció el ceño.

—¡Si ni siquiera es tuya! Era de...

Al darse cuenta de que Viola estaba a punto de decir el nombre prohibido, a Sarah se le estremeció el corazón y, con él, también la mano, provocando que el preciado plato se estrellara contra el suelo.



«¡Oh, no!» . Sarah se arrodilló y, empezó a recoger desesperadamente los fragmentos diseminados, reprendiéndose para sus adentros. «Serás torpe...». Deslizándose hacia delante sobre las rodillas revestidas de fustán, se estiró todo lo que pudo para alcanzar todos y cada uno de los pedazos.

¿Sería posible recomponerlo?

De pie, muy cerca de ella, Emily increpó a su hermana gemela.

—¡Mira lo que has hecho!

—No ha sido culpa suya —masculló Sarah—. He sido yo.

Emily resopló.

—¡Claro! Viola nunca tiene la culpa de nada. Puede hacer lo que le plazca y todas tenemos que sentir lástima por ella.

—Ya basta. ¡Ay! —Sarah se llevó a la boca el dedo en el que se había pinchado. Sabía a sangre—. ¿Por qué no os vais de aquí y hacéis algo de provecho mientras yo recojo esto?

Con un nuevo resoplido, Emily se dio media vuelta y, agitando en el aire la muselina de color claro, abandonó la habitación dando grandes zancadas con Viola siguiendo su estela.

Sus hermanas pequeñas habían prescindido de sus trajes de luto a finales del año anterior. El duelo de Sarah, en cambio, no se debía a una única pérdida. Llevaba casi dos años vistiéndose de negro riguroso, aunque nunca había estado casada y su padre había fallecido hacía menos de un año.

Con extremo cuidado, introdujo los fragmentos en una caja para guantes con idea de volver a juntar las piezas y pegarlas entre sí. La mayoría de los trozos eran bastante grandes excepto... «¡Oh, no!» Tres pedazos estaban hechos añicos.

Un dolor punzante le atravesó el pecho ante aquella imagen melancólica, un triste recordatorio de que su familia nunca más volvería a estar completa.

Alcanzó una escoba y barrió los restos del polvo que habían quedado. Seguidamente fue a confesarle a su madre lo sucedido.

Como de costumbre, la encontró en su habitación, tumbada en su diván francés con dosel, con la espalda erguida gracias a unos cojines. Aquel día iba vestida de completamente de luto, con un traje de crespón negro.

—Lo siento mucho, mamá. He cometido una estúpida torpeza.

—¿A qué viene tanto dramatismo?

—He roto tu plato.

—¿Mi plato? ¿Cuál?

—El plato de porcelana, el de las cuatro muchachas.

Sarah depositó la caja sobre su regazo. La tierna mirada de su madre se empañó al contemplar el contenido.

—¡Oh, qué pena! —exclamó, tomando un fragmento con cautela.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Sarah—. Yo me he cortado con uno. Su madre no parecía oírla.

—Tu padre estaba muy orgulloso de él. Lo encontró en una tienda en la calle Bond. Decía que le recordaba a nuestras cuatro mujercitas; antes de que llegara Georgiana, claro está. Insistió en que lo pusiéramos en la sala de estar, aunque no casaba mucho con el resto del mobiliario. —Sacudió la cabeza con las comisuras ligeramente contraídas—. ¡Era tan sentimental...! Por aquel entonces.

Sarah sintió un nudo en la garganta.

—Sí.

A su padre, que tiempo atrás había sido un hombre afable y benévolo, se le había agriado el carácter durante los últimos dos meses de vida. Y había sido culpa suya, al menos en parte.

—¡Es una verdadera lástima! —Su madre dejó el fragmento con un suspiro—. Sé lo mucho que te gustaba.

—¿A mí? Pensaba que eras tú la que sentía un apego especial por él.

Eugenia Summers alzó la vista y miró a su hija.

—¡Oh! No te digo que no lo apreciara, era un regalo de tu padre, pero su pérdida no me parte el corazón, y a ti tampoco debería.

—Gracias, mamá. Eres muy amable.

—Y tú, mi querida niña, te tomas las cosas muy a pecho. Siempre lo has hecho. Pero aún más desde que... Bueno, ahora no es momento de hablar de eso. —La mujer esbozó una sonrisa forzada y cambió de tema—. El señor Alford debe estar a punto de llegar, ¿no?

—Sí. El té estará listo en unos minutos. Espero que traiga buenas noticias. Su madre le apretó ligeramente la mano.

—No sé por qué, querida, pero tengo serias dudas.

Desde la muerte de su padre, la finca de Gloucestershire había pasado a las manos de un pariente al que apenas conocían, ya que por ley debía ser transmitida al primer varón de la línea sucesoria.

Por suerte, su padre había adquirido aquella casa con un dinero que habían heredado de un tío materno, por lo que Sea View no estaba incluida en el grueso del patrimonio, y había podido dejársela a su mujer en el testamento. También había dispuesto que se le asignara una renta

en previsión de su fallecimiento, aunque todavía no conocían los detalles. Esperaban que la suma fuera suficiente para vivir.

Desde que se habían mudado a Sidmouth seis meses antes, habían hecho frente a los gastos con la pequeña asignación para ropa y gastos menores de su madre reservada a lo largo de los años. Pero aquellos ahorros estaban menguando a pasos agigantados.

Sarah paseó la mirada por el cuarto de su madre.

—¿Traigo alguna silla más o...?

—No, lo recibiremos en la sala de estar. Creo que puedo arreglármelas. No quiero que vea lo mucho que me he debilitado.

—Muy bien.

Sarah salió del cuarto de su madre y, una vez de vuelta en el cercano salón, dejó la caja de los guantes sobre la mesa de trabajo y bajó las escaleras en busca de todo lo necesario para el té.

Mientras ella vertía el agua caliente, la cocinera añadió a la bandeja un plato con pastelitos de grosellas.

—Los he hecho yo misma. En mi opinión, el panadero los cobra demasiado caros.

Sarah echó un vistazo al plato. El glaseado no acababa de esconder del todo los bordes quemados de aquellos pastelitos algo deformes. La repostería nunca había sido el fuerte de la señora Besley, pero tendrían que apañárselas con lo que había.

Después de dar las gracias a la cocinera, regresó a la planta principal. Una vez allí, ella y Viola acompañaron a su madre hasta la sala de estar justo en el momento en que llegaba Nigel Alford, el abogado de la familia, exactamente a la hora acordada. Habían visto a aquel hombre poco después de la muerte de su padre, pero aquella era la primera vez que las visitaba en Sea View.

Emily y Georgiana se reunieron con ellas y, mientras Emily pasaba el plato con los pastelitos, Sarah sirvió el té. El abogado le dio un bocado a uno, frunció la nariz y lo dejó.

Tras beber un sorbo del té, el señor Alford se aclaró la garganta y se dirigió a la esposa de su antiguo cliente.

—Se ha procedido a la validación del testamento de su esposo y, como era de esperar, la propiedad de la finca ha pasado a manos de su heredero. He saldado las deudas pendientes y lamento comunicarle que su situación financiera no es muy halagüeña. —Tenía la mirada puesta exclusivamente en la madre, como si las jóvenes no estuvieran presentes—. La renta vitalicia

que quedó establecida en sus capitulaciones matrimoniales es anual, de manera que los intereses se liquidan una vez al año. Desgraciadamente, estos no bastarán para mantener una familia tan numerosa como la suya. Yo le sugiero que venda esta casa, teniendo en cuenta que en un futuro no muy lejano ya no estará en condiciones de hacer frente a los desembolsos que genera.

—Viviremos con sencillez —intervino Sarah, dándose cuenta del ligero tono de desesperación con el que había hablado—. Recortaremos gastos.

El abogado frunció el ceño.

—Dudo mucho que puedan pagar los impuestos, por no hablar del resto de costes, por muy austeramente que vivan.

No podía creerlo.

—Y si vendemos la casa, ¿dónde vamos a vivir?

Él se encogió de hombros.

—Podrían alquilar un par de habitaciones y vivirían con muchos menos gastos que en esta vivienda tan grande.

Sarah se indignó.

—Somos cinco personas en esta casa, señor Alford, sin contar a nuestros leales sirvientes. Jessy es joven y podría conseguir trabajo con facilidad, pero la cocinera y el criado son demasiado mayores para encontrar otro lugar.

Por fin, el señor Alford miró una a una a todas las hermanas.

—En ese caso, tal vez deberían considerar la posibilidad de ser ustedes las que se busquen una ocupación. Me refiero, por supuesto, a algo que encaje con su educación. Como institutrices, quizá.

—¡Cielos! ¡Qué espanto! —replicó su madre—. Es evidente que no ha tenido a ninguna hija o hermana a la que amara ejerciendo un trabajo semejante; que no ha recibido sus cartas describiendo sus penosas circunstancias y su soledad, menospreciadas por la sociedad, lejos de sus familias, y con un puñado de niños malcriados como única compañía.

El abogado pestañeó y tragó saliva, desplazando la nuez arriba y abajo en el marchito cuello.

¿Habría escuchado, siquiera? Estaba claro que aquel hombre no podía ayudarlas. En ese momento Sarah fue consciente de que, si querían permanecer unidas, tendría que ser ella la que encontrara la manera de conseguirlo.

Tan pronto como el señor Alford se hubo marchado, Sarah se retiró a la biblioteca y estudió con mayor detenimiento las finanzas, comparando los gastos de los últimos meses con los ingresos aproximados que recabarían de

la renta vitalicia de su madre. A pesar de lo mucho que detestaba admitirlo, el abogado estaba en lo cierto: cuando se agotaran los ahorros de su madre, los ingresos no alcanzarían para salir adelante. Además de los impuestos sobre el valor de los terrenos y sobre las ventanas, el gobierno también les cobraba un tributo por tener un criado varón y por otros artículos de consumo: la sal, el periódico, el jabón, las velas, el té, los alfileres, el azúcar, el café, los carruajes, el papel pintado para las paredes y muchos más. Y luego estaban el diezmo de la iglesia y las tasas del condado. Y todo sin tener en cuenta los gastos habituales como la comida, el combustible, el vestuario, etcétera. Por no hablar de los médicos y las medicinas de su madre.

Claramente, habría que vender el carruaje y los caballos. ¿Qué más podían hacer? Había albergado la esperanza de contratar a una ayudante de cocina para que asistiera a la cocinera y a la sirvienta, sobrecargadas de trabajo, pero en aquel momento quedaba completamente descartado. Sarah se preguntó si podría ocuparse ella de hornear algunos alimentos, tanto para ayudar a la señora Besley como para reducir la suma que le pagaban al panadero local.

Mientras seguía sentada en el escritorio, con la cabeza inclinada entre los libros de contabilidad, alguien golpeó con los nudillos el marco de la puerta abierta. Al levantar la vista, Sarah vio a la señorita Fran Stirling y de inmediato parte de la tensión que sentía se disipó.

—No la he oído llegar.

—Me ha abierto Jessie.

La antigua doncella de su madre era una mujer morena, en la treintena, con un bello rostro, pese a tener una nariz bastante afilada. Durante años había estado ahorrando su asignación económica, y ese dinero, junto con una pequeña herencia de su abuelo, le había permitido abandonar el oficio unos años antes y adquirir una modesta pensión al este de Sidmouth. Desde entonces, la señorita Stirling había mantenido una relación de amistad por correspondencia con su antigua señora y había sido la primera en recibirlas cuando se mudaron a Sidmouth.

La mujer, primorosamente vestida, ladeó la cabeza para examinarla con detenimiento.

—¿A qué se debe esa expresión tan compungida?

Con un suspiro, Sarah le contó la situación sin andarse con rodeos, tenía la suficiente confianza en ella como para no tener que maquillar la realidad.

La señorita Stirling asintió con la cabeza con gesto meditabundo y echó un vistazo a su alrededor.

—Bueno, querida. Supongo que, si desean ganar algo de dinero extra, tendrán que dedicarse a lo mismo que otra mucha gente en Sidmouth. Alquilar habitaciones a los visitantes. He de decir que a mí me va bastante bien, y su casa es mucho más grande que la mía.

—¿En serio? ¿Cree que podríamos? Carecemos por completo de los conocimientos necesarios para emprender un proyecto de esas características.

—¡Bobadas! Su madre era una de las anfitrionas más populares del condado. A menudo hospedaban en su casa a invitados provenientes de fuera; organizaban fiestas, celebraciones navideñas, cenas y todo ese tipo de cosas.

—Sí, pero se trataba de familiares y amigos. No consigo imaginar lo que supondría dar alojamiento a desconocidos.

—Les llevará algún tiempo acostumbrarse, no se lo niego. Si quiere, con mucho gusto puedo compartir con ustedes todo lo que sé. —La señorita Stirling esbozó una sonrisa—. Y cuando hayan pasado ese par de minutos, les brindaré mi ayuda en todo lo que esté en mi mano.



Sarah sopesó la sugerencia de la señorita Stirling y empezó a elaborar un plan.

Al día siguiente convocó una reunión familiar y, en esta ocasión, todas se congregaron en el cuarto de su madre, que las recibió tumbada sobre las sábanas, vestida, como de costumbre, completamente de negro, y con una pequeña manta cubriéndole las piernas. La señorita Stirling había vuelto para prestarle su apoyo y secundar el plan.

Cuando todas se acomodaron, Sarah detalló la brecha entre sus ingresos y los gastos y cómo podían subsanarla: alquilando habitaciones en Sea View.

Viola, con la cicatriz de la boca y su tendencia a evitar a la gente, fue la primera en protestar.

—¡Yo no quiero extraños en nuestra casa!

Su madre frunció el ceño.

—Ni yo. ¿Una pensión? No pretendo ofenderla, señorita Stirling, pero el término me parece tan... tan... ordinario —concluyó, con un estremecimiento.

—¿Qué os parece «residencia vacacional»? —propuso Sarah.

Con la tolerancia que la caracterizaba, Fran Stirling matizó:

—Aquí, en Sidmouth, la palabra «residencia» se usa principalmente cuando se trata de una casa entera disponible para el alquiler, sin ocupantes, a excepción de uno o dos sirvientes.

—Tiene que haber algún otro término que podamos emplear —insistió su madre.

—¿Qué me decís de... «casa de huéspedes»? Le aporta un punto de elegancia.

Fran asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Y mucho más apropiado para una casa tan bonita como Sea View.

—Cómo decidamos llamarla es lo de menos —intervino Emily—. ¿Dónde acomodaríamos a la gente? Quedan muy pocos dormitorios libres.

Sarah consultó su lista.

—Arriba hay seis habitaciones de un tamaño más que adecuado. Siete si cuentas mi pequeño cuarto.

—Pero cuatro de ellas ya las ocupamos nosotras.

—Tendremos que renunciar a disponer de alcoba propia y compartir. Y, puesto que está orientado hacia el mar, puede que también tengamos que liberar el vestidor grande para utilizarlo como dormitorio adyacente.

Su madre alzó una ceja.

—¿Alquilarías también el cuarto de tu padre? ¿A unos extraños?

—Sí, mamá. No tiene vistas, pero es uno de los más grandes. Sacaría las pocas cosas que dejó allí y las empaquetaría y guardaría con mucho cuidado. Recuerda que solo durmió en él un par de meses durante nuestra primera estancia aquí.

La madre suspiró.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y yo qué? —preguntó Georgiana—. ¿Dónde dormiría yo?

—Tal vez podrías compartir habitación conmigo —propuso Sarah.

La expresión habitualmente vivaracha de Georgiana se ensombreció.

—¡Pero yo adoro tener una habitación propia!

—Lo siento. No hay más remedio.

La joven, de quince años, reflexionó durante unos instantes.

—¿Puedo al menos trasladarme a una de las habitaciones vacías del ático?

—¿Al ático? —El ceño de su madre se contrajo—. Ahí es donde duermen los sirvientes.

—No veo por qué no —respondió Sarah intentando apaciguar los ánimos—. Ahora mismo la única que duerme ahí es Jessie. —La cocinera y el criado tenían sus habitaciones abajo, junto a la cocina.

—¡Oh! ¡Está bien! —accedió la madre.

Georgie sonrió.

—Asimismo —añadió Sarah—, voy a tener que pedirlos a todas y cada una de vosotras que, o bien ayudéis con los huéspedes, u os busquéis algún otro modo de conseguir ingresos. De ese modo podremos permitirnos contratar a alguien más.

—¡Yo ayudaré! —convino Georgiana—. Puedo hacer las camas y cosas de ese estilo.

—Bien. ¿Viola?

Esta sacudió la cabeza tensando su cara pecosa.

—De ninguna manera. Puede que Georgie encuentre divertido jugar a ser una criada, pero yo no. Yo soy la hija de un caballero. No pienso rebajarme a algo así.

En su fuero interno, Sarah sabía que no estaba del todo equivocada.

—Ya has oído a Sarah —dijo Emily—. Todas tenemos que contribuir.

Su madre frunció el ceño con gesto meditabundo.

—Yo podría... ocuparme de las labores de costura. Y tal vez hacer unos manteles nuevos. Detesto esta debilidad infernal. ¡Ojalá hubiera más cosas que pudiera hacer!

Viola levantó la barbilla con expresión testaruda.

—Si voy a tener que trabajar como una esclava, me quedaré en la retaguardia. No quiero tener que tratar con los huéspedes.

Emily soltó un bufido.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ayudar a la señora Besley a pelar patatas y a lavar los platos? ¿O te vas a ocupar de la colada?

Viola se estremeció.

Su madre alzó el brazo con la palma bien abierta.

—¡Ninguna de mis hijas va a trabajar de lavandera! Al menos para la colada, podemos pagar a alguien externo.

—El encargar tareas a personas ajenas a la casa supone reducir aún más nuestros fondos, ya de por sí bastante limitados —les recordó Sarah—. Y los necesitamos para la carne, las verduras y las velas. Eso sin contar los salarios y los impuestos.

—Pues habrá que hacer una excepción con la colada. No tenemos escurridor. ¡Con todas las sábanas y toallas que habrá!

La señorita Stirling tomó la palabra.

—Yo pago a alguien externo para que me haga la colada. Me parece que es lo más razonable. Y conozco a la persona adecuada para ustedes.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Y tú que harás, Emily? —la desafió Viola—. ¿Vaciar los orinales de las habitaciones?

Sarah intervino rápidamente para impedir que se produjera otra discusión.

—Afortunadamente, tenemos el nuevo excusado, y todavía está la letrina del jardín trasero, aunque necesitará algunos arreglos.

—Sé también quién podría ayudarles con esa cuestión —dijo la señorita Stirling.

Sarah tomó otra hoja de papel.

—Será mejor que empiece otra lista.

—Yo redactaré unos cuantos anuncios para los periódicos —añadió Emily —, y me ocuparé de la correspondencia.

—Gracias, Emily —respondió Sarah—, pero tendrás que colaborar también con las habitaciones de los huéspedes.

Esta resopló.

—Si no hay más remedio...

—¿Anuncios? —Su madre volvió a fruncir el ceño—. No había pensado en eso. ¿Es realmente necesario que advirtamos a todo el mundo que necesitamos complementar nuestros ingresos?

—No tiene por qué incluir su apellido en el reclamo —opinó Fran Stirling—. Bastará con usar el nombre de la casa y describir su maravillosa ubicación y su comfortable mobiliario.

—Bueno. Es un alivio.

La señorita Stirling añadió:

—Es una pena que la guía de Sidmouth se publicara hace unos años. Aparecer en ella sería de gran ayuda. Es muy popular. Pero los anuncios en el periódico también pueden ser bastante efectivos, aunque resultan más costosos.

La madre cambió de tema.

—¿Y qué comidas deberíamos ofrecer?

Todas ellas miraron a la señorita Stirling.

—Sin lugar a dudas, el desayuno —respondió esta—, y probablemente también la cena; al menos varias noches a la semana.

La madre soltó un gruñido.

—A la señora Besley no le va a hacer ninguna gracia. Ya es mayor. Una vez al día, si no más, amenaza con jubilarse.

—Yo hablaré con ella —se ofreció Sarah—. Intentaré encontrar la manera de suavizar la cosa. Y tal vez tú podrías colaborar con la elaboración de los menús, ¿no, mamá? Siempre se te dio muy bien.

—Con mucho gusto.

A nadie se le ocurrió preguntarle a Sarah de qué se encargaría ella, sabían de sobra que cargaría con la mayor parte del trabajo.

Tras dejar a su madre descansando, Sarah y Emily, junto a la señorita Stirling, recorrieron las habitaciones comunes de la planta principal —la sala para el desayuno, el comedor, el salón, la sala de estar, el vestíbulo y la biblioteca—, y después subieron el largo tramo de escaleras que conducía a la de los dormitorios, discutiendo dónde era necesario hacer arreglos, cambios y nuevas adquisiciones para las alcobas, el excusado y el baño, como toallas nuevas y ropa de cama.

Mientras recorría el viejo pestillo de una de las puertas, la señorita Stirling anunció:

—Deberían instalar cerraduras en las puertas de las habitaciones de los huéspedes. Solo les faltaba que alguien dijera que le ha desaparecido algún objeto valioso y pretendiera responsabilizarlas de la pérdida.

—¿Sabe de alguien que pueda ayudarnos con ese menester?

—¡Oh, sí! Conozco a la persona perfecta. El señor Farrant. Es muy hábil con ese tipo de cosas.

Además de una lista de compras, Sarah terminó confeccionando también una lista de tareas y proyectos, que sin lugar a dudas reduciría todavía más sus escasos fondos.

Solo esperaba que no acabaran arrepintiéndose de aquel desembolso y rezó porque, al final, el esfuerzo económico diera sus frutos.



Unas horas más tarde, Sarah bajó a la planta inferior para echarle un vistazo a la colección de libros de cocina de la señora Besley.

Contando siempre con el beneplácito y a las indicaciones de la anciana cocinera, la joven no tardó mucho en ponerse manos a la obra con su primera tanda de galletas siguiendo la receta más sencilla que fue capaz de

encontrar en *El arte de la cocina, fácil y asequible*<sup>1</sup>, de la señora Glasse. Se trataba de unas pastas que requerían tan solo de tres ingredientes: huevos, azúcar y harina, que, una vez bien amalgamados, había que dejar caer en pequeñas cantidades sobre una placa de latón enharinada.

Mientras Sarah intentaba encontrar la manera de romper los huevos sin que la cáscara acabara en el bol, su anciano criado, Lowen, procedió a extraer para ella algunos trozos de azúcar del cono, para luego rallarlos finamente.

Antes de que hubiera pasado una hora, a Sarah le dolían los brazos de darle vueltas a la masa y tenía la cara ardiendo de las veces que se asomaba al horno para ver si las pálidas galletas subían y tomaban color, intentado averiguar cuándo estaban hechas.

Con intención de ser más eficiente, se acercó a la mesa para retirar los ingredientes, pero, antes de que quisiera darse cuenta, un repentino olor a quemado la hizo regresar a toda prisa al horno. Era demasiado tarde. La visión de aquellos montoncitos chamuscados dispuestos en hileras idénticas fue de lo más descorazonadora. Entonces empezó a entender por qué le resultaba tan difícil a la señora Besley elaborar productos horneados de apariencia impecable teniendo que preparar al mismo tiempo muchos otros platos, y más aún considerando que contaba como única ayuda con Jessie, y solo cuando esta no estaba ocupada con las tareas de limpieza.

Pero Sarah estaba decidida a no claudicar. Después de estar más atenta con la siguiente bandeja, pronto extrajo una docena de galletas azucaradas y las colocó sobre una rejilla. Había algunas más doradas que otras y, después de probarlas, descubrió que estaban un poco duras, pero, sin lugar a dudas, eran comestibles.

Tanto la señora Besley como Lowen se comieron una entre débiles murmullos de aprobación... y grandes tragos de té. No obstante, a pesar de los imperfectos resultados, Sarah se sintió extraordinariamente segura de sí misma.

Era un comienzo.

---

1 N. de la Trad: *The Art of Cookery Made Plain and Easy*, escrito por Hannah Glasse, es un libro de recetas publicado en 1747 que durante más de un siglo gozó de gran popularidad en todos los países de habla inglesa y en el que se alude por primera vez a la gelatina como ingrediente del *trifle* y a las hamburguesas (Hamburgh sausages).